

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Algebra, Geometría
Trigonometría, Algebra Superior y Cálculo Infinitesimal

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963

que la iban a operar en un hospital de la Isla. Con su inagotable generosidad, Rosa acudió temprano a la clínica mientras yo me dirigía a mi clase. De vuelta, me contó las impresiones de Juan Ramón. Si mal no recuerdo, los médicos habían diagnosticado un tumor a Zenobia. Sus dimensiones y condición exigían operación inmediata, y en el hospital especial de Massachusetts, cerca de Harvard, donde fueran operados, tardíamente, Pedro Salinas y Amado Alonso. Juan Ramón, incapaz de resignarse y de dar una explicación prosaica, atribuía todo al clima: «Aquí, en el trópico, todo crece desmesuradamente: echa usted una semilla y se le vuelve enseguida árbol; tiene usted una enfermedad, y se le vuelve un mal terrible; este clima es siempre exagerado». No tardé en ir a visitarles. Juan Ramón estaba más reconcentrado que nunca. Supo que yo me iba a Chile, de vacaciones, a operarme de cataratas. Me llamó la atención su interés por dictar mi curso sobre Modernismo. Me pareció estupendo. Después supe que en vísperas de que Federico de Onís se incorporase al claustro puertorriqueño, en la misma cátedra, Juan Ramón había dictado varias lecciones cuya teoría pugnaba con las de don Federico, que celebró con buen humor la intención y brillante interferencia.

Zenobia tuvo que irse a Boston. Juan Ramón, replegado de pena, se sentía morir, a causa de su herido corazón. Los médicos le tenían prohibido correr y subir escaleras. Llegó la mañana en que partía el avión de Zenobia. Al regreso del aeropuerto de Isl. Grande, mi mujer me trajo un reveladorísimo chisme del poeta. Había ido éste hasta el lugar de partida llevando un clavel, sólo un clavel, a Zenobia. Y cuando ella traspuso la puerta que da al campo, él, sin acordarse del corazón ni de nada, corrió

como un niño al observatorio de los altos (unos buenos 40 peldaños, empinados) para verla partir. Abajo le esperaban todos sorprendidos y consternados de la hazaña. El se dió cuenta entonces de su atrevimiento, y empezó a acezar fatigosamente. No era un enfermo imaginario, pero, sí, un enfermo con muchísima imaginación.

La víspera de nuestra partida, ya de vuelta Zenobia, sentenciada a dos o tres años de vida, quiso Juan Ramón llevarnos un ejemplar de «Platero y yo», firmado por él, para corresponder a las atenciones de Rosa. Ya nos había obsequado con otros libros suyos autografiados. Llegó la hora de salir, y no había llegado el libro. Dos años después supimos que él lo había tirado por la ventana, pero nadie sabe quién lo recogió. Sería prodigioso que el apresurado captor de aquella joya, hoy más que nunca insustituible, leyera estas líneas y sintiera tocado su corazón. No lo espero.

Más tarde, en 1955, volvimos a vernos, muy de paso. Zenobia no podía salir tanto ni manejar su auto. Juan Ramón iba sintiéndose huérfano de día en día. Hablamos de un automóvil a otro, pero ya no se reanudaron aquellas largas charlas de años pasados, en que, entre reticencias y medias palabras, celebrábamos severos procesos a los escritores de su tiempo y del mío. Recuerdo que me expuso su plan de coleccionar toda su obra, pero empezando por la producción más reciente y terminando por la más antigua. Hubo una breve referencia al episodio de Georgina Hubner. Fué muy de soslayo, y sentí que a Juan Ramón le escocía aún la irreflexiva crueldad de aquel grupo de escritores jóvenes peruanos, que le hizo objeto de tan impensada befa. Llegó a pensar que todos los peruanos éramos para Juan Ramón, un poco cómplices del amargo caso . . .

Ahora, cuando un cable de Benitez me dió cuenta del fallecimiento sólo atiné a escribir veinte líneas de las que despierto ahora. Me han dicho que muchos quisieran conocer mi opinión sobre el poeta: apenas puedo todavía describir mi recuerdo del hombre.

Significado de su lírica

¿Qué significa Juan Ramón Jiménez en la lírica del idioma? Es en la magnífica «Antología» de Onís (1934, no la de 1956) donde este significado aparece con prístina claridad. De los numerosos y excelentes poetas ahí seleccionados, sólo dos reciben el honor de una sección especial: Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Acertado paralelo. Si bien es cierto que a Rubén corresponde la primacía (había nacido en 1867, y fué determinante en la vocación de Juan Ramón, según se desprende del epistolario de ambos), le corresponde a Juan Ramón (nacido en 1881, es decir, catorce años después), el haber retorcido el cuello a la elocuencia, según el consejo verleniano, y abierto la vía a un arte asordinado, de mediostonos, crepuscular y sutil, inapto para la oratoria. Ya lo decía el poeta andaluz: Rubén trajo el parnasianismo, Machado y yo el simbolismo. Ciertamente, pero sólo en parte. El Rubén de «Cantos de vida y esperanza» (1905) había quebrado su amistad con la grandilocuencia, aunque todavía conservase metálicos acentos en sus odas a ciertos personajes de la vida real. (Roosevelt, el Rey Oscar, más tarde Mitre).

Juan Ramón señalaba como ineludible la impronta de Gustavo Adolfo Bécquer, en su poesía. No del Bécquer usual, sino de ese otro Bécquer secreto, de que con tanto acierto ha escrito Enrique Peña Barrenechea en un estudio no concluído aún según me parece. Bécquer, quizás el usual antes que el secreto, preside los primeros pasos de la poesía de Darío, según se ve en «Abrojos» y aún en «Azul» (1888). Más, de seguro, Jiménez recogió ese no bien explicado mensaje becqueriano, que puebla la poesía de seres fantásticos y huye de la rima como de un feo estribillo.

La obra toda de Juan Ramón cumple con las apenas respuntadas indicaciones del sevillano padre de las «Rimas». Fué y es una poesía de matices y esguinces.